

3. Edición de autor

Carole Dewambrechies-La Sagna

En cierto modo, el psicoanálisis revela en el interior de la familia la presencia del Otro malvado. El padre, tan central en la teoría freudiana, es aquel que encarna la amenaza de castración. Es el nombre del Otro malvado en la teoría analítica. El padre o su sustituto son temidos porque encarnan esta amenaza en el inconsciente. Sin embargo, el padre también es aquel que da significación al deseo. Lacan nos brindó la fórmula de esto: la metáfora paterna, al reemplazar el enigma del deseo de la madre por el Nombre-del-Padre, produce la significación de la castración.¹ Para algunos sujetos esta metáfora no opera y el Nombre-del-Padre no entra en acción. No obstante, las exigencias de la castración son las mismas para todo ser hablante, se encuentre o no bajo el régimen del Nombre-del-Padre. Cuando el Nombre-del-Padre no opera, el Otro aparece con su maldad real. Con frecuencia se vuelve difuso, imposible de situar en el tiempo y en el espacio, como una amenaza siempre a punto de surgir y no como significado reprimido. El inconsciente está como a cielo abierto, dijo Freud.

La maldad se desliza entonces hacia los lazos con el otro, en lo más íntimo de las relaciones humanas, de las relaciones hombre/mujer, de los lazos entre esposos, de los lazos madre/hijo, o en lo que las relaciones sociales tienen de más codificado según la época —el lazo entre una empleada y su patrón, por ejemplo—. La dimensión paranoide se instala.

1. Cf. J. Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", *Escritos* 2, Buenos Aires, Siglo XXI, 1987, pp. 513-564.

El esfuerzo del sujeto aparece entonces como un esfuerzo de localización de esta maldad difusa del Otro, en la medida en que apunta a él. Es lo que opera en la persecución. En continuidad con el curso de Jacques-Alain Miller del 17 de diciembre del 2008,² propondré considerar estos lazos de persecución como una tentativa del sujeto para reconstituir una defensa contra el goce invasor y volver a encontrar un sentido a un mundo cuya significación se desmoronó.

Me interesé en casos de sujetos femeninos que presentaban fenómenos de interpretación y se encontraban perseguidos por sus maridos o parejas –estos fenómenos ocurrían en el seno de “la familia conyugal” representada por la pareja, con el (o los) hijo(s)–. A falta del padre de la castración y del deseo, que no operó para estos sujetos, tenemos la elección de un padre, el padre de los hijos, que, en ciertas circunstancias, aparecerá como soporte de fenómenos interpretativos.

MATHILDE

En el pasado reciente de Mathilde, joven de treinta años a quien atiendo, se pueden distinguir tres etapas.

El primer periodo sucede al anuncio de la enfermedad de su padre.

Mathilde es una mujer joven y bonita que tenía una carrera independiente y brillante cuando, hace tres años, su madre le comunica que su padre sufre una enfermedad terminal. Hasta ese momento ella no tenía una relación muy cercana con él. Durante su infancia, él trabajaba en el extranjero y no ocupaba en absoluto el lugar de un padre. Sin embargo, le escribía regularmente, pero siempre firmaba sus cartas con su propio nombre y nunca “papá”, por ejemplo. Vemos aquí una primera incidencia de la letra/carta [*lettre*]³ y de la escritura en este caso.

2. Cf. J.-A. Miller, “L’orientation lacanienne. Choses de finesse en psychanalyse”, curso dictado en el marco del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de París VIII, clases del 17 de diciembre de 2008 y del 5 de enero de 2009, inéditas.

3. En francés, *lettre* significa tanto “letra” como “carta”. [N. de la T.]

Con la intención de distraer a su padre y sacarlo de sus negros pensamientos, a fin de sostenerlo en los últimos meses de su existencia, se le ocurrió proponerle compaginar las poesías que él había escrito desde joven, y armar con ellas una recopilación. Así pues, todos los fines de semana va hasta la ciudad donde reside su padre “para trabajar” con él.

En uno de esos fines de semana se entera, por una llamada telefónica, que un hombre querido, un hombre de letras, acaba de morir repentinamente. Desde ese momento, todo se acelera. Trabaja por cuatro para realizar la recopilación de los escritos de su padre antes de que él se muera. Le entrega el bonito volumen, pero sin haber recurrido a una editorial existente, según dice, por falta de tiempo. Inventó un nombre para el editor que menciona en la tapa. Piensa que lo importante es que su padre tenga esta alegría antes de morir. Dice al respecto: “Lo publiqué como edición de autor”, dando a esta expresión cierto aire de extrañeza, porque más exactamente pagó un reducido número de ejemplares a un imprentero.

Hasta entonces, este sujeto se las tuvo que ver en su vida con un padre lejano, un padre cuya existencia se materializa de manera intermitente a través de cartas dirigidas a su hija, sin brindar, por otra parte, ninguna significación fálica. Él no hace presente ningún deseo, no ofrece ningún saber hacer sobre la vida y sus exigencias. Esto nos evoca al padre de Joyce, de quien Lacan destacó que “nunca [haya sido] para él un padre”.⁴ Cuando su madre dice a Mathilde que su padre morirá, ella se dedicará a fijarlo como padre ideal: lo hará existir como autor, autor de una pequeña serie de ejemplares impresos distribuidos entre la familia y algunos allegados. Esta recopilación lleva en la tapa, bien enmarcados, un título, el nombre del autor y el nombre ficticio de una editorial. Al no disponer del Nombre-del-Padre, encuentra un uso de ese nombre al hacer de él el nombre de autor de una pseudo publicación, de una publicación interna del círculo familiar, de cierta manera. En el relato que me hace, insiste en este aspecto de semblante de pu-

4. J. Lacan, *El Seminario, libro 23, El sintome*, Buenos Aires, Paidós, 2006, p. 86.

blicación —“no es real”, se ruboriza un poco— y en la mentira que dirige a su padre: “¡Fuiste publicado! ¡Aquí está el libro!”.

El segundo periodo sucede a la muerte de su padre. Habla poco de eso y solo de un modo alusivo y edulcorado. Cambia de trabajo y escribe: se trata en esta oportunidad de su propio texto, de varias centenas de páginas. En ese momento, Mathilde tiene la idea de que la solución podría ser volverse ella misma un autor, en el lugar del padre muerto e idealizado: la solución que contempla es la que pasaría por su propia identificación con el padre muerto. Podríamos decir que este texto, que en esta oportunidad remitirá a editores para la publicación, tiene por objeto la relación sexual; ¿qué es un hombre?, ¿qué es una mujer? El manuscrito no le es devuelto. Piensa que se lo robaron. Además, lee extractos del mismo en la prensa, reconoce párrafos en la televisión. El Otro malvado está por todas partes. Se desencadena la persecución: piensa que ese rechazo es de orden político. Los políticos rechazaron que sea publicado porque su libro puede cambiar el mundo. Ella está en peligro de muerte. La policía la persigue, hay hombres armados en la calle y la esperan, ella se esconde en su casa, pide ayuda a su madre, y luego acepta realizar un tratamiento.

En este segundo periodo, la paciente se dedica a ser ella misma el autor de una publicación. Su tema es directamente la verdad de la relación sexual. Si hablamos con Lacan de no-relación sexual, es porque la relación sexual no puede escribirse. En el caso de Mathilde, con la muerte de su padre, existe un mundo en el que la relación sexual puede escribirse, y ella la escribe. Pero se topa con un rechazo cuando propone el manuscrito a los editores. Cree, en consecuencia, que el orden del mundo está amenazado. Los políticos quieren hacerla matar porque amenaza a este mundo al escribir la relación sexual. El orden social, incluso el orden del mundo, están amenazados por su escrito, que perturba el ordenamiento de ambos.

Este rechazo también la constituye a ella misma como texto: un texto en busca de autor. Un autor es aquel que autentifica el cuerpo de los escritos, los reúne y ordena su diversidad. Pero su texto es utilizado por todos, le sirve a la prensa, a la televisión. Sin embargo, ella es rechazada como autor.

El tercer periodo conduce al momento actual. Un año después de su descompensación, conoce en casa de unos amigos al hombre

que es su actual compañero: queda impactada de entrada por el hecho de que él parece estar "listo para ser padre". Comienza una relación y, sin que esté previsto, queda embarazada. A pesar de momentos tumultuosos, la pareja decide convivir. El nacimiento del niño transcurre bien pero el sentimiento de persecución de Mathilde aumenta, en esta ocasión referido al padre de su hijo. Sin embargo, ella presenta las cosas de manera muy atenuada. Si bien no parece tener común medida con el episodio de dos años atrás, encontramos, no obstante, en el centro de su relato, un fenómeno interpretativo puro. Veamos cómo presenta las cosas.

Mathilde le tiene bronca a su marido, sobre todo desde que es madre. Aclara que no es porque sea celosa, pero se ve forzada a reconocer que él mira a otras mujeres desde que ella tiene una silueta menos ideal. Recuerda cuánto sufrió el último verano en una playa, cuando su marido posaba su mirada en las magníficas mujeres que pasaban. ¿No podía entender que ella acababa de ser madre y que había que darle un poco de tiempo? Buscaba perjudicarla, esa era la triste verdad, destruyendo su ser de mujer al compararla con imágenes ideales con las que ella no podía todavía confrontarse.

Él no comprende su reciente maternidad. ¿No se debe acaso advertir en sus burlas los celos de su marido por su hijo y por el vínculo, evidentemente muy fuerte, que ella tiene con él? Sin duda esto le causa celos. "Rompió mi imagen narcisista y me volvió transparente, un fantasma". Un sueño retoma este tema: "Una mañana, nos despertamos mi pareja y yo en nuestra cama. Había dos mujeres en la cama. Él la miraba y yo no, y me decía: '¿Viste qué linda es?'. Yo respondía: '¿Y yo no?'. Él no respondía". Cuando relata el sueño, todavía puede ver la expresión de él cuando dijo que la otra era linda. Le pregunto: "¿Usted hablaría de celos? -Es su conducta la que provoca celos. Tengo la sensación de ser denigrada. Como si yo fuera su objeto, como si él me manipulara... Lo insoportable es su manera de utilizar a nuestro hijo. Lo alza en brazos únicamente para seducir mujeres, de lo contrario lo suelta. Esto pasó una vez. Dejó caer el bebé en la arena mientras miraba pasar a una chica linda: el bebé tenía los ojos llenos de arena. Fue insoportable. Mi pareja anterior nunca me hubiera tratado de esa manera. Cuando me llevaba del brazo, yo era la elegida". Se trata

del amigo fallecido, junto a quien se sentía "la elegida". Lo que le resulta insoportable es su interpretación de la imagen del padre con el hijo en brazos: un padre que goza del niño falo para conocer mujeres. Llega a pensar que él puede escaparse con el niño, secuestrarlo, para lograr sus proyectos de seducción, o incluso, robárselo. La imagen del padre y de su hijo se correlaciona, para el sujeto, con una interpretación.

Subraya que se debe ir aún más lejos: él pone en peligro su universo. Este universo está constituido por objetos pero también por trozos de saber, por fragmentos de filosofía y de literatura que ella valora. Con estas mezclas de cultura occidental y oriental, se construyó un mundo, su mundo.

Cuando ella no está en la casa, con el pretexto de ordenar su escritorio o su cómoda, él desplaza sus cosas, ¡incluso su ropa interior! Llega a tocar las cosas del bebé, que sin embargo ella ordena con mucho cuidado y nunca deja en desorden. La dificultad reside en lograr que él comprenda que se trata de su universo, que le pertenece, que lo construyó con mucha paciencia y que no debe tocarlo nunca.

Hay una superposición de universos paralelos: el suyo y el de su pareja no se mezclan. "Con usted, es un universo, con la psicóloga, es otro". El amigo que falleció, en cambio, entendía esto: "todo es cuestión de sensibilidad en el encuentro entre dos personas. Si no hay sensibilidad, entonces, nada bueno, nada bello, puede tener lugar. Creo mucho en el valor de lo bello". Su ideal, dice, "es ser una artista, incluso si mis allegados me dicen que no lo soy. Ni siquiera tienen la definición del artista. Entonces, ¿cómo pueden decir eso?! Para mí, un artista es alguien que logra sublimar la vida".

Para ella, hay que diferenciar y oponer la sensibilidad y la sensiblería. Lo importante es la sensibilidad. Si los hombres encontrados no la tienen, entonces puede pasar cualquier cosa. "No sé, podrían ocurrir algunos abusos".

En este tercer periodo, Mathilde busca un padre, un hombre al que ella convertiría en un padre. Esto es explícito para ella. De este hombre, lo que le gustó fue que siempre supo organizarse y asumir sus responsabilidades. Ella dice que siempre quiso tener hijos, y hasta pensó en adoptarlos si no encontraba un hombre que pudiera ser padre. Con su pareja actual, hablaron de inmediato de un hijo.

Le pareció que él “tenía lista una idea de la familia” y que sabría llevarla a cabo. Agrega que él estaba “dispuesto a ser un jefe de familia, preparado para construir una familia, para establecer un hogar”.

De esta manera, la familia es un modelo al cual es posible acomodarse: podría ofrecerle un modo de actuar relativamente codificado y permitir un conformismo tranquilizador. Pero ese ideal no alcanza para englobar al padre. El padre con el que se las tiene que ver a partir de su maternidad, el padre de su hijo, es más bien “el padre del deseo”, “un bruto –agrega– que no entiende nada de la belleza”. Es otro tipo de padre, *falóforo*, que termina de malograr su propia identificación con el padre muerto, ya amenazada por la falta de reconocimiento de los editores, forma oscura del rechazo del Otro. El Otro malvado reaparece entonces bajo la forma de una imagen extraída de un recuerdo: el padre que tiene un niño en sus brazos y que, a falta del Nombre-del-Padre, aparece como Unpadre en oposición al sujeto. Esta imagen la atormenta, le causa perjuicio. Ya no es el orden social lo que no se sostiene, sino el orden familiar; ya no es el texto, S_2 , el que perturba este orden, sino el S_1 , el significante-amo del padre.

Desde las primeras entrevistas, Mathilde me trae poesías, luego dibuja, pinta. La casualidad hace que varios artistas estén presentes en el momento en que ella viene. Se trata entonces de una “comunidad de artistas” que vuelve aceptable la internación.

La tormenta pasó. Mathilde se apacigua. El tratamiento ayuda a eso. La internación y la separación que esta impone recolocaron el amor en primer plano. Según ella, su marido se da cuenta de que ella le hace falta: ella podrá regresar a la casa y ocuparse del hijo de ambos.

Pero no hay duda de que el Otro malvado, aun reducido al *par-tenaire*, sigue vigilando.

Examinemos ahora otro caso en el que el Otro malvado también aparece en el ámbito familiar.

LOUISE

En el caso de Louise, el lugar del marido es diferente. Louise tiene cuarenta y cinco años y tuvo dos “depresiones” en el pasado. Pero

esta vez se trata de otra cosa. Su médico la manda a la clínica por "depresión en un contexto de desavenencia conyugal". Ella intentó suicidarse.

La pareja tiene dos hijos y siempre se llevó bien. Más que de desavenencia, veremos que de hecho se trata de persecución.

¿Cual es pues este desacuerdo?

-Es muy grave.

-¿Pero qué más?

-Es algo que pasó hace un año.

-¿De qué se trata?

-Una pelea con mi hija.

-Si le parece bien, hable de eso.

Su hija estaba enferma y debía hacerse exámenes con vistas a un diagnóstico. Tenía cefaleas y pérdida de la visión del ojo izquierdo. Se temía una esclerosis múltiple. Su hija le hizo reproches y le dijo que era por su culpa. Y ahí ocurre lo peor: su marido apoyó a su hija en contra de ella. En el tono de su voz, ella reconoció la intención malvada. Louise tuvo entonces "una iluminación". Todo eso era en contra de ella. Su hija y su marido estaban ahí, ambos, frente a ella, y ella era excluida, rechazada.

Esto le produjo "como un vacío, como un agujero negro. Es difícil de explicar, eso despoja de todo". Louise experimenta una suerte de abandono radical: "sin apoyo, sin nada. Yo ya no servía para nada. Estaba ahí sin estar ahí". Era como si "cayera -dice- en un pozo sin fondo, sin nada que retenga. No hay más pensamiento, no hay nada". Luego sobrevino la idea de que debía dejar a su marido. "Cuando yo llegaba al comedor, mi marido y mi hija se callaban. Pensé que los molestaba. Hacían comentarios y criticaban todo lo que yo hacía." Louise comenzó a tenerles bronca "porque ambos actuaban como si fuera responsable de la enfermedad" de su hija. Se sentía excluida de la familia y de todo lazo. Pensó entonces que el divorcio era la solución.

Más adelante, cuando empieza a sentirse mejor, la paciente confiesa el secreto de su vergüenza. Esta no se remonta a un año sino a tres meses atrás, y confirma el carácter persecutorio delirante de la pequeña escena entre los tres, tan banal. En ocasión de una visita al médico, se entera de que está embarazada. Dice que

no es posible ya que duerme en el sofá desde la pelea. Es terminante: no hubo relación sexual. Sin embargo, tuvo que rendirse ante la evidencia: estaba embarazada. Por lo tanto, hay que suponer que, mientras dormía, su marido le hizo “un hijo a espaldas de ella”.⁵ Aquí no hay ninguna metáfora. Presenta el problema de este modo: su marido abusó de ella mientras dormía. Ahora bien, en ese momento ella no podía permitirse estar embarazada ya que su empleador le había prometido un ascenso en su trabajo. Recurrió entonces a un aborto.

Louise había experimentado ya un abandono radical. Cuando tenía seis años, su madre dio a luz una hija discapacitada. Se ocupó de la niña veinticuatro horas por día. En aquel momento, Louise se sintió rechazada de manera radical. Su madre vive todavía con esta hermana a la que dedicó su vida. Louise no subjetiva ningún rencor y la visita con bastante regularidad.

Destaca también su relación con el lenguaje en lo que esta tiene de singular. Cuando no se siente bien, toma todo al pie de la letra y cree que todo lo que se dice le concierne. Por regla general, ella “capta lo que van a decirle”. Lo explica así: antes de que el otro tome la palabra, ella tiene una aprensión. Cuando alguien le habla, ella siente “el corazón como estrujado. Las palabras me despellejan”.

En la presentación de enfermos, a la que dio su consentimiento, Louise entrega un neologismo: “Las relaciones con su marido y con los demás son *platónicas* cuando todo anda bien, de lo contrario son persecutivas [sic]”. Platónico significa que “no es malvado”. Primero la pelea y luego el embarazo agujerearon lo platónico.

Señalemos la precisión suplementaria que agrega: su hija mayor no fue deseada. El matrimonio se realizó porque estaba embarazada.

Tal es el reproche que Louise se formuló cuando su hija anunció que tal vez tenía una enfermedad grave. Este reproche por la falta de deseo podría pasar por un autorreproche melancólico. Pero debajo de ese reproche se agazapaba un Otro más malvado

5. *Faire un enfant dans le dos* (literalmente, hacer un hijo a espaldas de alguien) es una expresión popular empleada como sinónimo de “engañar”. [N. de la T.]

todavía, dispuesto a abusar de ella, en este caso con los rasgos del marido.

Actualmente, Louise anda bien y renunció a sus proyectos de divorcio. Todo aquello le parece ahora poco consistente. Se reconcilió con su hija, y piensa que con su marido "todavía pueden intentar algo juntos".

CONCLUSIÓN

En la misma época, varios sujetos femeninos perseguidos por sus maridos estaban internados en mi servicio en la clínica. Es verdad que, cuando una mujer tiene hijos, hace de su *partenaire* un padre. Cuando la significación paterna no está disponible a causa de la forclusión, un padre puede, en algunas circunstancias, presentarse como el Otro malvado que amenaza el orden familiar. Es notable que en el caso de Mathilde la persecución que se había extendido, dos años antes, a todo el campo social, se reduzca aquí al círculo familiar e intente ser tratada de este modo. En Louise, lo que hasta ese momento se manifestaba eran los estados depresivos reiterados. Por primera vez, los mecanismos interpretativos subyacentes aparecen claramente: conciernen de entrada a la estructura familiar y al lazo con su marido.

Estos dos casos ilustran por qué no hay que apurarse a comprender como casos de "desavenencia familiar" esos en los que el marido se convierte en el Otro malvado.

Estos casos, que podríamos llamar de "desencadenamiento familiar", se contraponen a las formas sociales de la psicosis donde el Otro perseguidor es, por el contrario, alguien lejano y de elevada posición: pensemos por ejemplo en la erotomanía. En esta, algo lejano se inmiscuye en la vida del sujeto: el amor de alguien famoso. En los casos que acabamos de presentar, se trata en cambio de lo más familiar, en sentido propio, que se convierte en *unheimlich* y empuja al sujeto a la interpretación.